

## La idea de muerte en la antropología de David Hume

*The Idea of Death in the Anthropology of David Hume*

SUSANA HAYDÉE MAIDANA\*

Recepción: 17/11/16

Aprobación: 04/01/17

Reenvío: 24/01/17

**Resumen:** El propósito del escrito es bucear en la concepción de hombre del filósofo escocés David Hume para explorar su defensa del suicidio. El trabajo se estructura en tres partes: la primera aborda la antropología humeana, la segunda se detiene en la concepción de suicidio y la idea de muerte, la tercera parte desarrolla las conclusiones y subraya la actualidad de los planteos de Hume respecto de actitudes supersticiosas y entusiastas en momentos en que se discute la eutanasia. Su posición respecto del suicidio se enmarca en una antropología naturalista que considera que el suicidio es una de las formas de defender la vida humana, pero una vida digna de ser vivida.

**Palabras clave:** Suicidio, Superstición, Entusiasmo, Naturaleza humana, Falsa filosofía.

**Abstract:** *The purpose of the brief is to dive into the conception of man by the Scottish philosopher David Hume to explore his defense of suicide. The work is structured in three parts: the first deals with Humean anthropology, the second focuses on the conception of suicide and the idea of death, the third part develops the conclusions and highlights the current situation of Hume's views on superstitious attitudes and Enthusiasts at a time when euthanasia is being debated. His position on suicide is framed in a naturalistic anthropology that considers that suicide is one of the ways to defend human life, but a life worth living*

**Keywords:** *Suicide, Superstition, Enthusiasm, Human nature, False philosophy.*

\* Universidad Nacional de Tucumán y Centro de Estudios Modernos,  
susana Maidana.filo@gmail.com

## A MODO DE INTRODUCCIÓN

La muerte ha constituido uno de los objetos de la reflexión filosófica de todos los tiempos, aun cuando en este trabajo solo nos detendremos en la modernidad y, en especial, en el tratamiento que hace de ella el autor del *Treatise of Human Nature*.

Leibniz representó la muerte como un estado de inconsciencia, en consonancia con el sueño, uno de los tópicos preferidos por la literatura del siglo XVII que fuera tratado por Shakespeare, Quevedo y Calderón de la Barca, sin olvidar las anotaciones de Michel de Montaigne en sus ensayos.

Ahora bien, el propósito de estas páginas no es hacer un listado de las diferentes formas en que los filósofos modernos concibieron la muerte, sino circunscribirnos a la concepción de la muerte de David Hume, entendida como condición de una vida digna.

Tanto en el siglo XVIII como en nuestro tiempo, la reflexión sobre la muerte conlleva, casi de un modo natural, a la problemática religiosa e involucra una determinada concepción sobre el hombre y los valores. En una carta a A. Millar, miembro de Third Conger (organización de libreros de Londres que competía con el crecimiento editorial de escoceses e irlandeses), Hume comunica su decisión de no publicar, una vez impresos, los ensayos “Of Suicide” y “Of the immortality of the soul”, como una actitud de prudencia ante estos escritos que podrían ser considerados como irreligiosos; sin embargo, los ensayos ya habían circulado y sus ideas habían despertado feroces cuestionamientos, conscientes de la enorme gravitación de las ideas humeanas que horadaban las formas de pensar y de hacer de sus contemporáneos.

### 1. LA ANTROPOLOGÍA HUMEANA

En primer término, es necesario aclarar que, según Hume, la filosofía no es una doctrina, ni un conjunto de teorías o de conceptos, sino una actividad liberadora de prejuicios, en consonancia con el espíritu de los ilustrados que pretendían la autoemancipación por el conocimiento, convencidos de que sería una de las vías apropiadas para que los hombres arribaran –parafraseando a Kant– a la mayoría de edad

y pensar por sí mismos, sin otra autoridad que la experiencia, la evidencia y la razón.

Hume no dejaba de sorprenderse de esa extraña propensión de los hombres a realizar afirmaciones dogmáticas sobre asuntos en los que debieran mostrarse más cautos. Esas afirmaciones que pretenden ir más allá de la experiencia se producen, entre otros motivos, por los efectos de la superstición y el entusiasmo, generando lo que David Hume denomina “falsa filosofía”.

Dice Hume (1989):

Una importante ventaja que proporciona la filosofía consiste en el eficaz antídoto que ofrece contra la superstición y la falsa religión. Cualquier otro remedio contra esta perniciosa enfermedad es inútil o, cuando menos, de resultados inciertos. El simple buen sentido y la experiencia mundana, que por sí solos bastan para satisfacer muchos de los propósitos de nuestras vidas, resultan aquí, ineficaces (p. 213).

La noción de naturaleza humana de Hume se enmarca en el mundo ilustrado y contrasta con las formas dogmáticas y fanáticas, propias de su tiempo y de la tradición filosófica que lo precedió, con la intención de lograr la felicidad en la Tierra y construir una filosofía fincada en la finitud humana.

El programa filosófico de David Hume pretende conciliar un mundo de hechos particulares y contingentes, conocidos por la vía de la observación y de la experimentación, con el mundo de los valores. Pretendió convertirse en el Newton de la moral, poniendo el interés práctico en lugar prioritario respecto del epistemológico, porque su filosofía práctica está fundada en presupuestos pasionales y sentimentales.

La filosofía humeana se enmarca en el compromiso vital y en un enfoque naturalista, rasgos que vinculan a Hume con Marx y Freud en la medida en que los dos pensadores arraigan al hombre en la naturaleza y lo explican según leyes naturales.<sup>1</sup>

Hume reinstaló al hombre en la naturaleza, en acuerdo con los criterios del naturalismo científico de su época, además mostró que

---

<sup>1</sup> Ver, Stroud, Barry (1977). *Hume*. El autor realiza un profundo análisis de la obra humeana y muestra las relaciones entre las posturas naturalistas de Hume, Marx y Freud.

la razón no tiene en la vida humana el papel que la filosofía le había otorgado tradicionalmente, sin que ello signifique negarla o excluirla.

Hume cuestionó, en el seno de un tiempo signado por la impronta de la racionalidad, a la razón misma y, especialmente, a su función de fundamento exclusivo de la antropología, la ética y la estética, prescindiendo de principios trascendentes.

Refiriéndose a Hume, David Fate Norton (1993) sostiene: "... su posición es constructiva en la medida en que emprendió la tarea de articular una Nueva Ciencia de la Naturaleza Humana que proveyera a todas las ciencias, incluyendo la moral y la política, una única y justificable fundamentación" (p. 1).

La concepción de naturaleza humana del filósofo escocés toma distancia de la visión racionalista que define al hombre por su alma o espíritu. Ahora bien, que Hume siga el método de Newton no significa que suscriba la visión del mundo del físico inglés, ni tampoco los fundamentos teológicos en los que este se apoyaba.

Mientras la metafísica platónica era una preparación para la muerte por su aspiración a despojarse de la materia, del cuerpo, de las pasiones, de la sensibilidad; la metafísica humeana, por su parte, prepara a los hombres para la vida, y es en el seno de la vida en el cual la muerte cobra un sentido particular.

En *Enquiry*, en la sección IX titulada "Of the reason of animals", Hume (1977) profundiza en el concepto de naturaleza humana y muestra que tanto los animales como los hombres siguen la guía de sus instintos naturales:

Es la costumbre tan sólo la que induce a los animales a inferir de todo objeto que se presenta a sus sentidos su acompañante habitual y la que lleva su imaginación de la aparición del uno a la representación del otro, de aquella manera particular que llamamos creencia (p. 1).

En última instancia, el razonamiento experimental, propio de seres racionales e irracionales, que guía las conductas es un instinto no explicable por el entendimiento:

Aunque se trate de un instinto diferente, de todas formas, es un instinto lo que enseña al hombre a evitar el fuego, tanto como lo es el

que enseña a un pájaro con tanta precisión el arte de incubar y toda la estructura y orden de su nido (Hume, 1977, p. 72).

Es sorprendente que un filósofo como Hume, comprometido con las cuestiones humanas y que considera que la ciencia del hombre es el único fundamento sólido para todas las demás ciencias, sea un ferviente defensor del suicidio. Su posición se explica en el marco de una concepción antropológica naturalista, que privilegia la vida solo cuando es digna de ser vivida y no suma al hombre en un pozo de angustia y dolor.

## 2. LA MUERTE COMO CONDICIÓN DE LA VIDA EN “OF SUICIDE”

En “Of Suicide” Hume distingue dos modalidades diferentes que asumen las creencias religiosas y que también inciden en la política: la superstición y el entusiasmo. La primera, por cuanto excede el ámbito de los *matters of fact*, requiere una terapia preventiva.

Entre los enemigos de los ilustrados estaban los supersticiosos, caracterizados por un temperamento débil y temeroso, lo que a su vez los convertía en peligrosos, por su tendencia a estar cerca del poder y a usufructuar de sus beneficios. En *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Hume (1990) caracteriza al supersticioso como poseedor de un temple de ánimo débil, melancólico, de contextura enfermiza, temeroso de los agentes sobrenaturales de gran poder, todo lo cual lo hace proclive a actitudes de sacrificio y mortificación.

El entusiasta, por el contrario, se presenta como alguien audaz, saludable y confiado en el éxito; se siente elegido por la divinidad y, por ello, es muy presuntuoso. Mientras la superstición favorece el poder del clero porque concibe al hombre empujado y casi despreciable ante la potestad del ser superior, el entusiasta cree tener un contacto directo con la trascendencia sin requerir de ningún intermediario. El entusiasta tiene aversión a la autoridad episcopal y desconfía de los ritos, mientras que el supersticioso es proclive a aceptar pasivamente cualquier autoridad.

Según Hume, el hombre que se guía por las supersticiones está sujeto al miedo y hasta vive los sueños como premoniciones de

desgracias futuras, quedando presa del inmovilismo y, lo que es peor, del conformismo de esa adecuación pasiva respecto de las costumbres y a la autoridad de la tradición, despreciados por el filósofo escocés. Lo cierto es que ambas actitudes empequeñecen y debilitan la naturaleza humana.

El supersticioso es aquel que soporta una vida miserable y no es capaz de ponerle fin a sus desventuras porque carece de libertad para tomar decisiones elegidas por sí mismo.

En su Escocia natal, Hume vivenció la asfixia que ocasionaban estas dos enfermedades a través del control que ejercía la Iglesia anglicana sobre las conciencias y la vida privada de las personas, así como los castigos vergonzantes que infligía a quienes se alejaban de sus normas. En esta atmósfera se instala la problemática del suicidio, concebido como la elección de la propia muerte y como un acto de libertad del cual ningún hombre puede ser privado y que compromete a la responsabilidad personal. En ese ambiente asfixiante es comprensible que Hume tome la libertad como una de sus ideas eje y, en aras de defender la libertad, proponga al suicidio para poner fin a una vida sin dignidad alguna.

Hume (1989) analiza, con un tono irónico, los argumentos que la tradición había usado para denostar el suicidio: en primer lugar se lo condena como un crimen por cuanto "debe constituir una transgresión de nuestra obligación o para con Dios, o para con nuestros vecinos, o para con nosotros mismos" (pp. 214-215). Responde a esta objeción afirmando que tanto animales como hombres tienen una autoridad completa para conducirse en el mundo y para adaptar la naturaleza a sus necesidades, si ello no fuera así, si los seres vivientes carecieran de esa capacidad, no sobrevivirían. Sus acciones siempre modifican y desvían el curso de las leyes generales del movimiento a las que están sometidos animales y hombres. Si bien la vida humana depende de las leyes generales, cambiar la ruta de tales leyes no supone intromisión alguna en la acción de la Providencia. Quitarse la propia vida es un acto insignificante y no le resta omnipotencia al Todopoderoso, por el contrario, lo enaltece, pues muestra que le ha otorgado al hombre la libertad de elegir el bien y de huir del mal.

Hume argumenta, además, que no hay una sola referencia en la Biblia a la prohibición del suicidio. Nótese que cuando Hume pone

a salvo la omnipotencia divina y, aún más, la existencia de Dios y de un orden universal, lo hace como una estrategia defensiva. El ataque a la superstición es una forma indirecta de cumplir con el objetivo de criticar la religión, la falsa filosofía y las teorías racionalistas y teológicas sobre el hombre.

Quien cree que todo depende de la Providencia actúa resignado. Hume no considera que la resignación sea una virtud que los hombres deban practicar, por el contrario, constituye un signo de debilidad que caracteriza al supersticioso al sentirse infinitamente pequeño en relación con la superioridad de lo divino.

A la acusación de que el acto del suicidio implica ir en contra de los otros y de los deberes sociales, Hume (1989) responde que

nadie está obligado a hacer un pequeño bien a la sociedad a expensas de hacerse un gran mal a sí mismo; ¿por qué debiera entonces prolongar una existencia miserable a cambio de alguna frívola ventaja que la sociedad pudiera obtener de mí? (p. 219).

Hume rechaza los valores tradicionales del altruismo, la resignación y las virtudes monacales del celibato, el ayuno, la mortificación, la penitencia, la soledad, el silencio y el sacrificio porque todos debilitan la condición humana en lugar de engrandecerla; principalmente, estos valores no constituyen virtudes porque la virtud es, para Hume, algo útil y agradable a uno mismo o a los demás, por lo que no son ni lo uno ni lo otro. Por el contrario, las virtudes monacales constituyen vicios.

Hume se posiciona en una filosofía y en una moral fundamentalmente secular, independiente de toda trascendencia. Piensa que la mayoría de las visiones sobre la sociedad y la política tienen su raíz en esas dos especies de falsa religión que son la superstición y el entusiasmo.

En relación con la última objeción que afirma que el suicidio está en contra de los deberes de uno mismo, responde: “Creo que jamás renunció hombre alguno a la vida mientras ésta era digna de ser vivida” (Hume, 1989, p. 220).

Si bien Hume era un hombre amante de la vida, en su excelente biografía Mossner (1980) comenta que estando a punto de morir, el filósofo confiesa no temer a la muerte que se manifiesta en la independencia respecto de las actitudes supersticiosas y entusiastas de

los dogmas y de las falsas creencias que condenan a los hombres a una vida resignada y dependiente de factores externos. Esto explica su polémica en contra de las normas y valores morales de fundamento racional o teológico que coartan la libertad de expresión de la naturaleza humana. Poner fin a una vida desgraciada constituye un acto de libertad individual, que nadie puede cercenar ni limitar. En este sentido, el hecho de quitarse la vida enaltece la condición humana, toda vez que entraña la decisión de hacerse responsable de sus propios actos y de su propia vida.

Hume critica a quienes pretenden convertirse en “maestros de la vida”, que mantienen el hipócrita deseo de enseñar al género humano a seguir determinados moldes morales o comportamientos para encontrar el supuesto camino de la virtud. La misión del ilustrado es destruir supersticiones y educar en la libertad, en el pensamiento crítico y en la tolerancia, no otro es el sentido último de la filosofía que Hume encarna. Comenta García Roca (1981):

Hume forma entre las filas de quienes, en el Siglo de las Luces, consideran que el fanatismo y la intolerancia religiosa, el poder sacerdotal que los promueve, la hipocresía y malicia que frecuentemente se amparan tras las virtudes ascéticas, y el terror y la ignorancia por cuyo medio la religión hace presa de las mentes, constituyen la principal fuente de desdichas e inquietud para los hombres y el mayor obstáculo para el progreso, la cultura y el bienestar de la sociedad (p. 256).

A diferencia de la física de Newton, la filosofía, según Hume (1989), había seguido un derrotero incierto y era un escenario permanente de combates.

Principios asumidos confiadamente, consecuencias defectuosamente deducidas de esos principios, falta de coherencia en las partes y de evidencia en el todo: esto es lo que se encuentra por doquier en los sistemas de los filósofos más eminentes; esto es, también, lo que parece haber arrastrado al descrédito de la filosofía misma (p. 33).



El filósofo escocés comenta: “es con todo cierto que no podemos ir más allá de la experiencia; toda hipótesis que pretenda descubrir las últimas cualidades originarias de la naturaleza humana deberá rechazarse desde el principio como presuntuosa y quimérica.” (Hume, 1989, p. 39). Los desvaríos se superarán con una revolución planteada simultáneamente en el objeto de estudio y en el método para que las investigaciones adquieran rango científico.

Una importante ventaja que proporciona la Filosofía —dice Hume— consiste en el eficaz antídoto que ofrece contra la superstición y la Falsa Religión. Cualquier otro remedio contra esta perniciosa enfermedad es inútil o, cuando menos, de resultados inciertos. El simple buen sentido y la experiencia mundana, que por sí solos bastan para satisfacer muchos de los propósitos de nuestras vidas, resultan aquí, ineficaces (Hume, 1826, p. 213).

Hume tuvo la valentía —en un tiempo signado por la racionalidad— de cuestionar la legislación universal de la razón y de criticar su papel de fundamento exclusivo de la antropología, la ética, la estética y la religión, al otorgar carta de ciudadanía a la naturaleza humana, que es el fundamento de todas las ciencias.

La caracterización de la superstición y del entusiasmo, como enfermedades, no es un aporte original de Hume, sino que gravita en la filosofía de su tiempo. Locke, por ejemplo, uno de los autores preferidos por los ilustrados, considera la superstición como una concepción errada de la divinidad. En el *Ensayo sobre el entendimiento humano* sostiene que el entusiasmo es un rasgo patológico, propio de quienes, al estar atrapados por los efectos de la melancolía y embargados por la ira, solo logran la calma por alguna devoción cortesana.

Según Leibniz, si bien el entusiasmo, en los orígenes, tenía un significado positivo porque aludía a reconocer en cada persona la presencia de alguna nota de la divinidad, con el tiempo se convirtió en una perturbación mental. En efecto, el entusiasmo envuelve a los hombres en las redes de su propia imaginación y los sumerge en el error al aceptar una revelación no fundada en la razón. El carácter melancólico, la devoción y una alta autoestima contribuyen a gestar el sentimiento entusiasta en los hombres. Leibniz, en contraposición

con Hume, advierte que la razón es la única cura de aquellos que son víctimas de la confusión mental.

En *A letter concerning Enthusiasm*, Shaftesbury (1963) aclara:

la religión también es pánico, cuando se desencadena un entusiasmo de cualquier naturaleza que sea, como sucede con frecuencia en ciertas ocasiones deprimentes. Naturalmente, se elevan ciertos vapores, sobre todo cuando las circunstancias son desfavorables y cuando están deprimidos los espíritus de los hombres, como sucede en las calamidades públicas, en las perturbaciones meteorológicas o dietéticas, o en los casos de cataclismos naturales: tempestades, terremotos u otros prodigios sorprendentes (p. 13).

El buen humor es una de las curas en contra del entusiasmo, según este filósofo. Las representaciones terroríficas de Dios y el mensaje melancólico, propios del cristianismo, se producen en aquellos que están afectados por la adversidad, la angustia y las enfermedades.

Por su parte, en el *The Spectator*, Addison (1711) caracteriza el entusiasmo y la superstición como alienaciones mentales y errores propios de la religión. El entusiasmo representa un exceso de devoción y la superstición un exceso no solo de devoción, sino de religión en general. La mayoría de las sectas de las iglesias de Inglaterra son entusiastas, pero los adeptos de la religión católica romana son supersticiosos. Los temores supersticiosos y los escrúpulos infundados influyen en las relaciones sociales y extirpan los placeres de la conversación.

En *Of Superstition and Enthusiasm*, Hume representa al supersticioso como poseedor de un temple de ánimo débil, melancólico, de textura enfermiza, temeroso de los agentes sobrenaturales de gran poder, proclive a actitudes de sacrificio y mortificación. Al entusiasta lo representa como alguien audaz, saludable y confiado en el éxito, como aquel que se siente elegido por la divinidad y por ello es muy presuntuoso.

Mientras el supersticioso favorece el poder del clero porque concibe al hombre disminuido y casi despreciable ante la potestad del ser superior, el entusiasta cree tener un contacto directo con la trascendencia sin necesitar de ningún intermediario, tiene aversión a la autoridad episcopal y desconfía de los ritos; el supersticioso acepta pasivamente cualquier autoridad. Hume advierte que la debilidad que produce

la superstición es aprovechada por los sacerdotes para someter a los hombres y generar guerras y persecuciones.

Christian Laursen (2005), refiriéndose al supersticioso, comenta:

El objetivo velado de Hume aquí es el catolicismo romano. El entusiasmo, por el contrario, es una exaltación y una confianza inexplicables que le convierten a uno en un loco fanático. El blanco de Hume, lo que habían entendido sus lectores, era el protestantismo de todas clases (excepto las más moderadas), especialmente los grupos sectarios de la guerra civil inglesa. Ambos son productos de la ignorancia [...] Así, para Hume toda religión es hipocresía o autoengaño (p. 78).

En la *Historia natural de la religión*, David Hume (2007) considera que la visión de Dios, muy superior a los hombres, está íntimamente relacionada con actitudes supersticiosas que llevan a la sumisión y a la humillación.

Hume siempre batalló en contra de la hipocresía y la impostura de quienes pretendían pautar las conductas humanas según normas intolerantes, basadas en supuestos religiosos y morales, que ocasionan envilecimientos y atrocidades y lesionan los derechos de los hombres a decidir por cuenta propia. Asimismo, percibió con lucidez que la falsa filosofía y la falsa religión eran enfermedades que difícilmente pueden extirparse.

Esta duda escéptica [reflexiona el filósofo escocés,] con respecto tanto a la razón como a los sentidos[,] es una enfermedad que nunca puede ser curada del todo, sino que permanentemente está al acecho, por más que la ahuyentemos a veces y ocasionalmente podemos parecer libres por completo de ella (Hume, 1989, p. 314).

Un ejemplo elocuente de la desontologización de los conceptos estéticos lo constituye el ensayo *Sobre la tragedia*, en el cual Hume (1989) se pregunta por qué una tragedia que trata temas horribles de la condición humana es capaz de provocar placer: “objetos del máximo temor y desasosiego agradan en pintura, y agradan más que los objetos más bellos, que parecen calmados e indiferentes” (p. 71).

Para que un objeto produzca placer no se requiere solamente el contenido, el hecho representado, el “logos” aristotélico, sino que debe despertar el interés que se produce cuando un compromiso afectivo entre el hecho artístico y el espectador logra la verdadera comunión que origina el sentimiento de placer. La utilidad vital es la clave que permite explicar por qué algo doloroso, cruento, pero que toca las más profundas fibras de la existencia humana, provoca un sentimiento de placer. En el ensayo *Sobre el origen y el desarrollo de las artes y de las ciencias*, Hume hace una interpretación sociológica del arte y de las ciencias, sumamente coherente con el espíritu de su filosofía.

La ciencia y el arte acompañan el devenir de la cultura. El arte refleja, en cierto modo, los tipos humanos de la sociedad, los problemas sociales, los regímenes políticos, estableciendo una interrelación dinámica entre la sociedad y las producciones culturales, anticipándose a los planteos naturalistas de Wittgenstein.

En última instancia, ética y estética son lo mismo porque ninguna de ellas da cuenta del mundo, ni de los hechos, sino del sujeto que es, finalmente, el portador de los valores.

Considero que Hume no queda atrapado en planteos psicologistas a secas. Los sentimientos, ¿no son acaso nombres de determinadas reacciones del sujeto ante lo feo y lo malo, ante lo bello y lo bueno? Los sentimientos son percepciones, impresiones de la reflexión, posteriores y derivadas de las impresiones de la sensación. Acerca de ellas, Hume (1988) aclara que “El examen de nuestras sensaciones pertenece más a los anatomistas y filósofos de la naturaleza que a la filosofía moral, y por esto no entraremos ahora en el problema” (p. 51).

### 3. CONCLUSIONES

Hume se propone elaborar una moral de este mundo, una moral que no se funde en creencias religiosas, ni en soportes ontológicos, sino una moral que busque gozar de la vida en la Tierra. De allí su intención de arraigar la moral y la estética en la naturaleza humana y sus continuadas polémicas con los planteos éticos y estéticos que coartan la libre expresión de la naturaleza humana. Hume pretende liberarse de la hipocresía de quienes aspiran a ser moralizadores e indicadores de caminos buenos.

No sin cierta perplejidad, observamos que en algunos ámbitos intelectuales avanzan las críticas a la modernidad, la discusión sobre la *euthanasia* accede, con fuerza inusitada, a través del grito desesperado del individuo que no se deja avasallar y que defiende el derecho inviolable sobre su persona.

No desconozco que esta postura puede resonar desmedida y poco digna de ser sostenida por hombre alguno; sin embargo, creo que puede ser uno de los signos de la autoemancipación de los hombres respecto de tabúes, mitos y prejuicios que, en la Escocia de Hume y en nuestro tiempo, siguen poniendo cerrojos a la libertad de los hombres, bajo el ropaje de un discurso cargado de supersticiones.

En nuestros días, las sectas y los fundamentalismos recrean, bajo otros ropajes, a los entusiastas y supersticiosos que el autor del *Treatise* combate y que siguen siendo moneda corriente. En *Diálogos sobre Religión Natural*, Hume advierte que las guerras civiles, las persecuciones y la opresión son las consecuencias nefastas de la superstición en el espíritu humano, afirmación que tiene indudables resonancias actuales, a pesar de la distancia que nos separa.

Considero que la originalidad de la filosofía humeana reside en arraigar al hombre en la naturaleza y tomar distancia de las visiones supersticiosas y entusiastas.

Las sociedades actuales debaten la elección entre dos caminos: respetar la diversidad de las elecciones humanas y los valores que las animan, o bien, la actitud intolerante de imponer los propios códigos morales y religiosos sobre los ajenos. Siguiendo a Hume, sabemos que, en el plano valorativo, nadie puede erigirse maestro de vida, tampoco imponer códigos o normas de conducta a otro ser humano, ni enarbolar normas absolutas para decidir sobre la vida o la muerte. El hombre es el portador de los valores y no existe un metro que permita medir qué es lo bueno o lo justo en sí mismos.

En nuestro país, recientemente, los debates sobre el matrimonio igualitario y el derecho de elegir sobre la propia vida reinstalaron argumentaciones supersticiosas y entusiastas que nos hacen pensar en la misión liberadora de la filosofía.

## BIBLIOGRAFÍA

01. Addison, J. (1711). *The Spectator*. Inglaterra: Addison and Steele's.
02. García Roca, J. (1981). *Positivismo e Ilustración. La filosofía de D. Hume*. Valencia: Editorial Universidad de Valencia.
03. Hume, D. (1826). "Superstition and Enthusiasm". *Hume, David, The Philosophical Works of David Hume*, vol. III, Essay Edimburgo: Adam Black and William Tait.
04. Hume, D. (1977). *An Enquiry concerning Human Understanding*. Indiana: Hackett Publishing Company.
05. Hume, D. (1988). *Tratado de la Naturaleza Humana* [estudio, traducción y notas de Félix Duque]. Madrid: Editorial Tecnos.
06. Hume, D. (1989). *Hume* [introducción y selección de textos de Sanfélix, Vicente]. Barcelona: Editorial Península.
07. Hume, D. (1989). *La norma del gusto y otros ensayos* [traducción de M. Beriguestáin]. Barcelona: Editorial Península.
08. Hume, D. (1990). *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales* [introducción, traducción y notas de J. Luis Tasset Carmona]. Barcelona: Anthropos.
09. Hume, D. (1999). *Diálogos sobre la Religión Natural*. Edición de Carlos Mellizo. Madrid: Alianza Editorial.
10. Hume, D. (2007). *Historia natural de la religión*. Madrid: Editorial Tecnos.
11. Laursen, C. (2005). "Bayle, Hume y Kant. Sobre la superstición y el fanatismo en política". *David Hume. Nuevas perspectivas sobre su obra*. España: Ediciones Universidad Castilla La Mancha, pp. 65-86.
12. Locke, J. (1980). *Ensayo sobre el entendimiento humano* [traducción de Esmeralda García; introducción y notas de Sergio Rábade], vol. II. Madrid: Editorial Nacional.
13. Mossner, E. C. (1980). *The life of David Hume*. Oxford: Oxford University Press.
14. Norton, D. F. (1993). *David Hume Common Sense Moralist Sceptical Metaphysician*. Estados Unidos: Princeton University Press.
15. Shaftesbury (1963). *Characteristics of Men, Manners, Opinions*. Gloucester: Editorial Times.
16. Stroud, B. (1977). *Hume*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

**SUSANA HAYDÉE MAIDANA.** Doctora en Filosofía (UNT). Becada por la Universidad Complutense de Madrid y por la Universidad de Essex, UK. Investigadora categoría “I” en el Programa de Estímulos a la Investigación Científica. Directora de un programa de investigación del CIUNT. Evaluadora de categorizaciones del CONICET, de proyectos de investigación, de carreras de posgrado y de universidades nacionales de CONEAU. Directora del Centro de Estudios Modernos de la UNT desde 2008. Es autora y compiladora de libros. Ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales. Fue Secretaria de Posgrado y Secretaria Académica de la UNT. Actualmente es profesora de Filosofía (UBA) y profesora titular de Filosofía Moderna (UNT) por Concurso de Oposición y Antecedentes.